

AD Una vida, UNA NOVELA

GINA LOLLOBRIGIDA

EL TRIUNFO DE
UNA GRAN
VOLUNTAD

—•—
SU MARIDO
ES SU MEJOR
AMIGO

—•—
*Hoy es "la
mas bella
embajadora
de Italia"*



2
PTAS

¡Están a la venta!



ROCK HUDSON.—Rock Hudson, que se ha convertido en el ídolo número uno de las mujeres norteamericanas, fue abandonado por su novia mientras se hallaba haciendo la guerra en el Pacífico. Intentó varios oficios antes de presentarse a los Estudios en busca de trabajo. Su madre ha sido siempre su gran amor y su guía.

CLARK GABLE.—Uno de los pocos veteranos del cine que se mantienen firmes en su puesto de primera línea. Procedente del teatro, ha trabajado ante las cámaras con las más célebres artistas. Un ídolo de las mujeres que se ha casado cuatro veces, divorciándose tres. Carole Lombard fué su amor más feliz. Pero un trágico accidente de aviación le quitó la esposa amada.



LESLIE CARON.—La dulce «Lili» tuvo que luchar contra la voluntad de su padre para poder ser bailarina. Muy pronto, Gene Kelly la descubrió para el cine y la convirtió en una de las más cotizadas estrellas de Hollywood. Una amena historia en la que se describe el curso de su carrera y el fracaso de su matrimonio con un excéntrico millonario.



UNA VIDA, UNA NOVELA

GINA LOLLOBRIGIDA

- ◆ Turbulenta, orgullosa, y cruel con los animalitos. Tal es la Gina de los siete años.
- ◆ Después, su belleza joven y turbadora despierta pasiones. Sólo ha amado una vez: a su marido.
- ◆ Los directores de cine apreciaban tan sólo su físico hasta que ella dijo: ¡Basta!

Volumen n.º 10
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(Nota: No se sirven ejemplares contra reembolso).

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

MONTANAS de la Ciociaria, pueblecito de Subiaco, distante setenta kilómetros de Roma, la Ciudad Eterna, capital de Italia.

Cuatro de julio de 1.928, en Subiaco, nacía la segunda de las hijas del matrimonio Lollobrigida: Gina. La primera había sido Juliana. En años sucesivos nacieron María y Fernanda.

Gina tenía unos bellos ojos negros, una nariz perfecta y unos labios bien dibujados. En su infancia destacaban sobre todo aquellos ojos negros, grandes y vivos. Dieciséis años en las montañas de la Ciociaria, llenas de sol y de vitalidad para Gina. Vida sencilla y familiar: su padre tenía una carpintería, mientras la madre permanecía ocupada siempre en los trabajos de la casa; Gina y sus tres hermanas pasaban los días en el colegio.

El colegio era para Gina algo accidental, sin mayor trascendencia ni interés; con frecuencia abandonaba las clases para ir con los chiquillos a las montañas a perseguir animalitos y verlos morir.

La tentación para Gina, a los siete años, era Ferruccio, un chiquillo moreno y pecoso de nueve años, con el pelo enmarañado y grandes dotes de mando. Era un diablillo y Gina lo admiraba. Allí, en el cruce de la carretera principal y el senderito por el que se acortaba para llegar a la escuela, la esperaba Ferruccio, con las manos en los bolsillos, apoyado en un árbol. Sonreía ya desde lejos.

—Hola, Gina. ¿Quieres venir conmigo? Caza-

remos mariposas y subiremos a los árboles a coger nidos.

Gina no dudaba, su rostro se iluminaba en una sonrisa maliciosa y se cogía confiada de la mano de Ferruccio.

—¡Al diablo la escuela!—exclamaba Ferruccio, saltando al compás que marcaban los pies menudos de la niña. Y ella reía divertida, sin volver a pensar en que, al llegar a casa, su padre la regañaría.

De pronto se les vió asistir todos los días a la escuela y nadie comprendía, en un principio, a qué obedecía aquel cambio de hábito en los niños. Más tarde, cuando al salir de la escuela blanca y pequeña, observaron que la pareja iba bailando con entusiasmo el baile de Blanca Nieves y los enanitos que aprendían para fin de curso, entendieron que Gina y Ferruccio eran felices danzando y para nadie fué un secreto el cambio de los niños. Gina había dicho una mañana de primavera a Ferruccio:

—Yo adoro la música. Mañana no iré contigo a cazar saltamontes porque tengo clase de canto. A mí no me gusta estudiar, ni el alemán ni nada. Sólo quiero ir a las clases de canto y de gimnasia. ¿Y tú?

Ferruccio levantó la cabeza y se quedó un momento pensativo, dejando escapar a un grillo negro y brillante.

—A mí me gusta lo mismo que a ti, Gina. Tú eres mi novia—había contestado muy serio—. Si tú tienes suspenso en alemán, yo también.

Luego continuaron su tarea, buscando entre las flores animalitos a los que martirizar.

* * *

En la clase de canto, Gina se sentía transportada.

—Pequeña—decía el profesor, un hombrecillo de ojos claros y cabello rubio que le caía sobre la frente—, tienes una preciosa voz. Veamos... Ahora cantarás «La casta Diva».

Gina se enfurecía y preguntaba decepcionada:

—¿Otra vez, profesor? Siempre canto lo mismo, todas las semanas...

—Luego cantarás el romance de «La fuerza del destino»—concedía complaciente el profesor, dispuesto a dejar los dedos largos y finos sobre las teclas del piano.

Gina hacía un gesto de resignación y comenzaba a cantar con una voz todavía infantil. Era inútil, no podía discutir de nuevo que «La casta Diva» y el romance de «La fuerza del destino» las cantaba todas las semanas. Gina era terca, pero también empezaba a sentirse ya una persona mayor y comprendía que en este caso no debía discutir. Las discusiones y la fuerza persuasiva debía de reservarlas para cosas más importantes y en su cabecita se iniciaban, a medida que «La casta Diva» llenaba el aire de las montañas de la Ciociaria, otros proyectos que a ella le parecían maravillosos. En Gina brotaba la afición al cine y su imaginación dibujaba un porvenir rutilante.

Su padre lo advirtió, temiendo por la chiquilla de carácter nervioso y decisivo en todo. Vió con disgusto que Gina hablaba de películas con entusiasmo mal disimulado.

—Pequeña, no quiero oírte hablar de películas.

Eres todavía muy joven. El cine es un veneno. Lo que tienes que hacer es preocuparte de no traer esta quincena suspenso en alemán y en matemáticas.

—Papá, el cine es una distracción...—se disculpaba Gina.

—Yo no te prohíbo que vayas, pero quiero que lo hagas con menos frecuencia y sólo para ver películas de Shirley Temple.

Gina afirmaba condescendiente, y sus grandes ojos se tornaban sumisos al hacerlo. Al atardecer, cuando salía de la escuela, ya no la esperaba Ferruccio; ahora era Giovanni, un muchacho que tenía un empleo en el cinematógrafo, como proyector. Giovanni tenía dieciocho años y una admiración entusiasta por la simpatía embrujadora de Gina, que se había convertido en una mujer-cita encantadora. Junto a Gina, Giovanni se sentía transportado, humilde y dispuesto a cumplir sus menores caprichos. Ella lo sabía y jugaba a tirana con él.

—He traído las películas, Gina—dijo Giovanni, al verla aparecer con su cartera de libros.

Gina sonrió complacida. Fueron juntos a sentarse en una gran piedra roja que estaba junto al camino. Gina abandonó los libros y buscó en los bolsillos del muchacho el codiciado tesoro.

—¿Has traído las de Clark Gable?—preguntó.

—Sí; sólo he encontrado dos, ya te buscaré más.

—¿Y las de Ginger Rogers?—preguntaba la chiquilla.

—También. Te lo había prometido... ya sabes

—contestaba azorado Giovanni, sin poder sostener la mirada de Gina.

—Eres un encanto, Giovanni.

Y los ojos de Gina, al decirlo, tenían una picardía especial que hacía enrojecer al muchacho. Después, tomaba las películas y las iba desenrollando al trasluz; parecía muy entusiasmada en su tarea. Giovanni apenas podía hacer otra cosa que admirarla en silencio y sostener unas tijeras para cortar el viejo celuloide por donde su compañera le indicara.

—Mira, Giovanni, es una escena de amor. Clark Gable está besando a Jean Harlow, ¿lo ves? Corta por aquí. ¡Es magnífico!

Y el muchacho obedecía sumiso todo lo que Gina ordenaba.

—Las escenas de baile también son importantes. Mira, aquí... ¡Eso es!

El sol ya se había puesto y a lo lejos sus últimos rayos se interferían con la aparición todavía tenue de una espléndida luna de abril. Gina se levantó decidida.

—¡Vamos, Giovanni! Ahora pasaremos estas escenas recortadas, ¿quieres?

—Sí quiero, Gina. Quiero todo lo que tú desees. ¿No temes que pueda enterarse tu padre?—preguntó inquieto Giovanni.

—No te preocupes y no seas miedoso. Además, si se entera será sobre mí que descargará su bastón...—animó divertida Gina.

* * *

No se equivocó la chiquilla; el día que el señor Lollobrigida conoció la existencia del cine clan-

destino fué a buscar a su hija, la sorprendió en pleno trabajo de proyección saboreando un helado de fresa, mientras su vista permanecía fija en aquel largo beso de Clark Gable, su mito de adolescente. Gina intentó emprender la fuga, pero el padre tuvo tiempo de detenerla. La trasladó en un vuelo a su casa y, efectivamente, el señor Lollobrigida tomó su bastón de bambú, flexible y largo, y lo dejó caer repetidas veces sobre Gina.

—¡Así aprenderás! ¡Eres incorregible!—gritaba enfurecido—. ¡Y yo convencido que ibas a ver películas de Shirley Temple! ¡Toma, por desobediente! ¡Nunca más! Un veneno, eso es el cine: un veneno. ¡Se acabó el cine para ti!

La madre intervino, asustada:

—Deja de pegarla, es una chiquilla.

—¡Un chico, eso es lo que parece, un golfillo!—dijo el señor Lollobrigida, enjugándose la frente con un pañuelo blanco, mientras se dejaba caer fatigado en una silla.

La madre miró a su hija y lanzó un suspiro.

—Gina, es una lástima—dijo—. Te gusta demasiado la libertad. Eres feliz cuando consigues lo que quieres y olvidas fácilmente que ya eres una mujer. No sé qué va a ser de ti con ese carácter indómito y extremista que tienes.

Gina comenzó a llorar, pero sus padres ignoraban que las lágrimas de la jovencita no eran de dolor, sino por el sentimiento de orgullo herido.

El padre continuó enfadado:

—Cuando eras una niña disfrutabas viendo cómo mueren los animalitos, ver su sangre caliente...

—No, papá; me gusta ver morir sus ojos, cuando se apagan como las flores.

—Ahora, a los trece años, andas con ese Giovanni, coqueteas con él por el hecho de estar empleado en un cine. ¡Oh, hijas, hijas! ¡Cuándo os veré a todas casadas...!

Cuando su padre salió de la habitación, Gina quedó pensativa. No lloraba, pero se sentía herida en su orgullo. Sintió de pronto que aquello era intolerable, que su padre no trataba de comprender qué era lo que ella deseaba, y que el pequeño pueblo de Subiaco disminuía y se hacía cada amanecer más reducido para sus grandes proyectos. Aquella noche esperó a que su casa estuviera en silencio, el silencio quieto y reposado del sueño. Saltó de la cama y empezó a vagar por los campos de Subiaco, pensando en otras ciudades en las que tuviese cabida su imaginación. Gina sabía que a lo lejos estaba Roma; era preciso llegar hasta allí; todo sería distinto en la Gran Ciudad iluminada. Toda la noche anduvo errante a la luz de la luna. La mañana la sorprendió sin sol, y una lluvia fina de abril comenzó a caer. La aventura de Gina sólo tuvo interés durante veinticuatro horas. Después cristalizó en una pleuresía y vuelta a Subiaco, a la carpintería.

Sus padres no la riñeron en esta ocasión, se desvelaron durante su enfermedad y, en aquella solicitud y abnegación, Gina recapacitó que los padres siempre están en lo cierto. El señor Lollobrigida observó, cuando Gina estuvo restablecida, que su hija había crecido y se había hecho más mujer; un comentario se le escapó entre dientes:

—Un buen marido, eso es lo que necesitas. Un buen marido que te haga entrar en razón...

Era en 1943. Gina tenía catorce años y una bonita voz que en más de una ocasión había tenido a gala lucir entre los soldados destinados en Subiaco. El párroco del pueblo la había reprendido por ello.

—Estoy de acuerdo en que tu voz es encantadora, Gina. Y en la iglesia me gusta escuchar tus cantos a la Virgen; pero eres ya una señorita y no está bien que cantes públicamente para los soldados destinados a Subiaco; compréndelo.

Gina reía y el párroco, decidido a atemorizarla fuese como fuese, consultó con el señor Lollobrigida, que trabajaba afanoso en su carpintería entre un mar de serrín y virutas.

—Desde el púlpito si es necesario, padre, pero hay que hacerlo. Gina se ríe de mí, de los profesores, y no me extrañaría nada que también de usted. No atiende a otras razones que las suyas, y créame que yo ya he desistido de llevarle la contraria. Es una buena chica, pero es terca como ella sola —dijo el señor Lollobrigida derrotado.

—¡Muy bien! El domingo, en lo alto del púlpito, me va a oír. Tienes una hija con el diablo en el cuerpo. Es mi pesadilla desde los tres años. De niña rompía cristales, estropeaba los campos de trigo. Hasta mí han llegado mujeres enfurecidas con la cabeza llena de ceniza que les había echado tu chica. Una mañana memorable abrió todos los toneles de la bodega de un vecino. La he regañado, le he puesto penitencias tremendas, y ahora, cuando debería dejarme descansar y pensar que ya soy viejo, sigue sacándose de mis casillas ¡a los ca-

torce años!... Gina no tiene conciencia ni consideración. Todo se lo he tolerado por su endiablada simpatía, pero esto ya pasa de la raya. Yo soy el párroco de Subiaco y aquí mando yo y no una mocosa pizpireta. ¡Me va a oír...! —terminó el buen cura, recogiendo con energía los faldones de su sotana a los que se engarzaban las virutas doradas por el sol que llegaba de la Plaza Mayor.

Cuando el párroco atravesó la puerta de la carpintería y saludaba con un «buenos días» a dos viejecitas que regresaban de la iglesia, todavía el señor Lollobrigida repetía entre el ir y venir del cepillo sobre la madera blanca:

—Un buen marido, eso es lo que necesita Gina, un buen marido que consiga hacerla entrar en razón...

El domingo, en lo alto del púlpito, en la misa parroquial, la voz del sacerdote fué para Gina como la trompeta del juicio final. Gina permaneció dos meses sin salir de la carpintería, atemorizada; sin asomarse a la ventana a ver las florecillas silvestres que cada mañana brotaban en las montañas de la Ciociaria. Al finalizar el 31 de junio y amanecer un nuevo día en Subiaco, Gina levantó la cabeza y salió a la calle con su más flamante vestido dominguero, ya un tanto pequeño desde que Gina había tenido la pleuresia y se había hecho más mujer. Se dirigió hacia los jardincillos llenos de uniformes militares y con una sonrisa agresiva y un destello de desafío en sus grandes ojos negros comenzó a cantar «La Casta Diva» a toda voz. Al terminar, los soldados aplaudieron frenéticos y elevaron gritos de «¡Viva Gina!» por

los aires. Ella se marchó y pasó ante el cura rodeado de chiquillos a la puerta de la iglesia.

—Buenos días, padre—dijo sonriente.

Siguió con paso rítmico su camino. «Mi orgullo ha sido vengado», pensaba, y de nuevo la música acudió a sus labios, esta vez muy bajito.

* * *

La guerra y el estruendo de los impactos se dejó oír en el pequeño pueblecito de Subiaco. Las bombas arrasaron la pequeña fábrica de virutas, el taller de carpintero y las casitas que constituían la fortuna de los Lollobrigida. La familia tuvo que abandonar su carpintería y emprender el éxodo hacia la Umbría. Allí se refugian en el castillo de los Orsini, en Todi, donde viven una triste miseria de refugiados. En 1945 se dirigen a Roma el matrimonio Lollobrigida y sus cuatro hijas: Juliana, Gina, María y Fernanda. Toda la familia es alojada en una sola habitación y alimentada por el Ejército con platos populares. Es una época dolorosa en la que ellos no podían ser una excepción de los horrores de la guerra. Finalmente, Juliana y María consiguen un empleo de comparsas en unos estudios cinematográficos.

Gina también quiere ser útil y, provista de una máquina fotográfica, se dedica a retratar uniformes aliados. En otras ocasiones, cuando la suerte es más propicia, les hace caricaturas que cobra a buen precio. Poco a poco, ayuda a sus padres y empieza a reunir algún dinero.

—Papá, he ahorrado unas liras y quisiera matricularme en el Liceo Artístico de Roma. Tú ahora

ya tienes un buen trabajo. ¿Me lo permites? —pregunta Gina.

—Sí, hija, me parece bien. Tú nos ayudas y si por otra parte puedes continuar tus estudios me sentiré más feliz. También he pensado que ya va siendo hora de trasladarnos a una casa más cómoda. ¿Qué asignaturas vas a estudiar?

—Pienso continuar mis clases de canto y pintura...

Los Lollobrigida buscaron una casa sencilla con tres habitaciones y Gina volvió a sus clases. Todo fué bien hasta que el profesor de escultura se enamoró de la linda Gina; de su perfección física, de sus grandes ojos y de su simpatía arrolladora. La situación se hizo insostenible para la futura actriz; el profesor no disimuló su amor e incluso llegó a hacer públicos sus sentimientos en plena clase. Son apenas diecisiete años y ya los hombres danzan enamorados a su alrededor.

Después del profesor de escultura sigue el desfile de ballet: un rico comerciante pide la mano de Gina al señor Lollobrigida; un comandante de artillería, provisto de un fino bigote y lleno de honores, le declara su amor... Todos reciben la misma negativa y Gina no les dedica apenas un recuerdo en su pensamiento. Y es que Gina tiene otros proyectos más apremiantes. Vislumbra sus ideales en el mundo del cine; pero todo es un sueño, Gina lo sabe, y en Roma debe vivir de realidades.

Una mañana, Gina va de camino por la calle del Tritón; un andar ligero y alegre. Una sombra se interpone: es un señor que, sonriente, le entrega una tarjeta.

—Señorita, si usted desea hacer cine, sírvase pasar por mi dirección; soy director de cine y puedo pagarle dos mil liras diarias.

Gina, sorprendida, no tuvo tiempo de contestar; el señor ya había desaparecido y a ella sólo le quedaba una tarjeta blanca entre los dedos. Aquella noche Gina pensó en lo extraño de la proposición; lo mismo hizo a la noche siguiente, y a la otra... y pasaron ocho días antes de decidirse. El desconocido vivía en un hotel. El señor Lollobrigida advirtió a su hija:

—Gina, ve con cuidado; puede ser un desaprensivo. Ve con una de tus hermanas. Roma está llena de Tenorios callejeros.

Cuando habló con el desconocido, Gina comprendió que no era un Don Juan callejero, sino un productor competente que recorría las calles de Roma para descubrir nuevas estrellas.

—Señorita, posee una gran belleza y me interesa darle trabajo. Pero de momento no tengo otra cosa para usted que un papel de odalisca en «El águila negra», que dirige Ricardo Freda.

—¿Cuánto cobraré? —preguntó decidida Gina.

—Mil liras al día...

—Bueno, no cumple usted del todo sus promesas de hace una semana, pero acepto. Me servirá para pagarme mis clases de canto.

Trabajó cuatro días y ganó cuatro mil liras. Junto a ella actuaba también otra odalisca, que más tarde sería la famosa estrella Ivonne Sanson.

Con «El águila negra», en que aparecía vestida provocativamente, se inicia la primera etapa de la carrera cinematográfica de Gina Lollobrigida, en la que únicamente interpreta papeles exhibicio-

nistas. Es la misma época en que con el seudónimo de «Gina Loris» posa para la novela en fotografías «En el fondo del corazón», que alcanza un gran éxito.

Es por aquellos días que Gina conoce a Bob, futbolista del equipo «Lazio», de Roma.

—Lolló — dice el amigo que le presentó a Bob —, no olvides que en Italia un futbolista de la categoría de Bob equivale a un buen torero en España...

—Yo no me he enamorado de un torero nunca — dice Gina, mientras siente su mano aprisionada por la del deportista.

—Pues prepárate para hacerlo de un futbolista, Gina — dijo Bob —. Yo he dejado tras de mí una corte de corazones rendidos.

Gina sonríe y su mente comienza a trazar un plan. Gina, en el fondo, era una soñadora novelera, pero comprendía que detrás de las palabras medio en broma del futbolista, existía una vanidad mal disimulada.

Continúan los encuentros de Bob y Gina con frecuencia, y el hombre que se siente atraído por la belleza de ella termina por confesarle su amor.

Gina, halagada, acepta al futbolista. Parece que ya ha olvidado que la primera impresión que tuvo con respecto a Bob fué creerle un vanidoso. La pareja parece feliz, pero entre los dos cada vez se hace más fuerte e infranqueable la vanidad del futbolista. Bob teme que la belleza de Gina pueda llegar a hacerse más popular que él.

* * *

Treinta y uno de diciembre, fiesta de San Silvestre y «reveillon» de fin de año 1946. Un gran salón con trajes de noche fastuosos, joyas, flores y globos de colores por el aire. Gina y Bob han sido invitados. Comienzan a bailar. Bob se siente aquella noche molesto; Gina está radiante y todos los asistentes a la fiesta así se lo han declarado. En un ángulo del salón, perdido en la penumbra, junto a un gran jarrón de claveles y gladiolos, unos ojos verdes siguen pacientes y constantes el ir y venir de Gina en brazos de Bob. Los ojos verdes ven de pronto que Gina se detiene, hace gestos vivos y nerviosos, discute y, finalmente, abandona el salón de baile para desaparecer por otra habitación que conduce a una magnífica biblioteca. Los ojos verdes miran un momento a Bob, que todavía no se ha movido del lugar en que lo ha dejado Gina. Luego decide seguir a la mujer. La encuentra sentada en un sillón, con lágrimas en los ojos. El hombre de los ojos verdes saca su pañuelo y lo pasa suavemente por las mejillas de Gina, en silencio. Gina levanta la vista y ve al hombre que está inclinado hacia ella solícito; es un hombre joven, veintiséis años, moreno, alto y de facciones correctas; tiene unos maravillosos ojos verdes.

—No quiero que lllore; no vale la pena —dijo él lentamente, con un ligero acento extranjero—. Todavía no ha empezado el nuevo año.

—¿Quién es usted? —preguntó Gina, realmente interesada.

—Me llamo Milko Skofic, doctor en Medicina. Soy de origen austro-eslavo. Deseo bailar con usted

esta noche más que nada en el mundo —explicó él con voz cálida.

Gina estaba sorprendida, pero le atraían los ojos de Milko. Se dejó enlazar por los brazos de él y comenzaron a bailar. Gina se tranquiliza a medida que gira en los brazos fuertes del extranjero. Todo el pequeño mundo real que rodea a Gina desaparece a cada revuelta, sólo recuerda las palabras de aquel desconocido de acento extranjero «...más que nada en el mundo»... Gina levanta los ojos y le mira, sonríe abiertamente y ya no ve otra cosa ni persona que a Milko.

—Gracias por esa sonrisa —dice él—. Es lo más bonito que he visto en mi vida. Jamás vi tan cerca de mí una criatura tan bella. Parece usted un sueño, Gina; un sueño de artista... Quisiera que este baile fuese eterno.

Milko había hablado muy bajito, rozando con sus labios la mejilla de Gina. Ella callaba, pero estaba conmovida sin saber exactamente porqué. En un instante las luces centelleantes desaparecieron; todo quedó en la oscuridad, se hizo un silencio momentáneo y se oyeron sonoras las últimas campanadas de 1946. Milko escucha también la respiración palpitante de la maravillosa mujer que tiene junto a él; no puede evitar un impulso y busca los labios que adivina en la oscuridad. Gina no rehuye la caricia.

—Feliz Año Nuevo, mi bello sueño —dice Milko.

—Feliz Año Nuevo, Milko —contesta Gina en un susurro.

De nuevo el gran salón iluminado, risas, besos entre la gente, globos de colores, serpentinas y

champaña; y en el aire una palabra: «¡augúril», «¡felicidad!»

Danzan toda la noche juntos y la felicidad que flotaba en el aire la recogen Gina y Milko con todos los honores para hacerla suya. Comienza a amanecer y, cuando la última estrella desaparece de lo alto y cede el paso a la primera aurora del nuevo año, Gina y Milko, enlazados en medio de un inmenso salón, proclaman su noviazgo. Reciben allí las primeras felicitaciones, pero ellos apenas lo advierten. Sólo saben que la felicidad está a su lado, irradia de ellos, que semejan la estatua misma del amor. Gina mira al hombre moreno que sonríe cariñosamente.

—Milko, es maravilloso... —dice emocionada.

—Todos los años de nuestra vida van a ser maravillosos; los comenzaremos y acabaremos así: juntos.

A la mañana siguiente, Gina, al despertarse, recuerda a Milko y se siente feliz. Escribe en su diario: «Uno de enero de 1947. Año nuevo, novio nuevo. Ayer he conocido a Milko, un muchacho moreno. Tiene veintiséis años y es médico. Nos hemos comprendido en seguida. A mí no me parece una tontería lo que ha sucedido: el encuentro, el flechazo, el noviazgo. El destino parece habernos reunido a la fuerza. Se llama Milko Skofic y tiene unos irresistibles ojos verdes».

Los padres de Gina acogen la noticia con alegría.

—Hija, yo deseo tu felicidad y siempre he pensado que te la daría un médico —habla el señor Lollobrigida.

Milko escribe a sus padres, que residen en Yu-

goeslavia, y ellos a su vez le piden detalles de la mujer escogida: «¿Sabe coser, lavar y cocinar?» Milko enseña la carta a Gina. Ella le mira coqueta.

—Querido, diles que sé llevar una casa perfectamente, pero de costura no sé absolutamente nada.

Gina se detiene, se acerca a Milko y le besa cariñosa.

—...Y diles que te quiero mucho, Milko... —termina.

Milko escribe de nuevo: «Gina canta y hace comedia». En seguida recibe un telegrama: «Formidable, Casaros en seguida».

* * *

El mismo año de 1947, que tan bien empezaba para Gina, le reservaba otras gratas sorpresas. Obtuvo el premio de «Miss Roma» y a continuación consigue el triunfo más alto que ya había perseguido el año anterior y que en aquella ocasión correspondió a Lucía Bosé por dos votos. Gina es proclamada «Miss Italia». Empieza para ella una vida más activa en el cine, aunque todavía sin otra categoría que la que podía otorgarle su belleza. Trabaja más en el cine y los Estudios le aconsejan que se cambie el apellido Lollobrigida porque con él nunca será popular. Gina es terca en sus apreciaciones y rechaza todo cambio.

—Quiero triunfar como Gina Lollobrigida y lo conseguiré. Mi apellido no será un obstáculo, al contrario.

Y sucedió como vaticinara. En Francia los «chansoniers» fueron los primeros en dar popula-

ridad al apellido; la llamaban «Lolló», diminutivo por el que los niños franceses designan a la leche. Y Lolló se hizo famosa.

Interpretó «Elisir d'amore», con Mario Costa; «Follies per l'opera». Siguió «Payasos» y «Campanas». «Lolló» aparecía en estas películas como una mujer perfecta. Los periódicos dijeron de sus interpretaciones que Gina era la bella Ciociaria, en recuerdo de aquella pintoresca región que la vio nacer. Gina no estaba contenta con el camino que seguía su carrera, pero continuaba en su trabajo decidida a ser actriz. El público no veía más que su belleza y en el «plató» no pagaban demasiado por sus exhibiciones ligera de ropa. Gina continuaba paciente, pero Milko desconfiaba. Ya hacía casi dos años que Gina fué elegida «Miss Italia» y todavía no surgía la gran oportunidad. Cuando terminó el rodaje de «Campanas», Milko quiso llevar a su novia unos días a esquiar; trataba de alejarla del mundo del cine. Gina aceptó la idea y fueron a Terminillo, lugar pintoresco y animado por el optimismo sano de los deportistas.

En Terminillo, Gina se sintió feliz, feliz como no lo había sido desde aquella noche mágica en que conoció a Milko. Allí, ante el paisaje blanco y azul que se extendía ante ella, desaparecían las cámaras, máquinas, focos, directores y todo lo que no fuese Milko, lleno de amor hacia ella. Aquella mañana, un sol brillaba intenso y teñía la nieve de reflejos amarillos de oro. Gina y Milko habían esquiado durante tres horas. Luego, ya acomodados en sendos butacones del refugio, junto al hogar, con un groj caliente en las manos, sonreían

dichosos. Milko fué a sentarse en el brazo de la butaca de Gina y le dijo casi en una súplica:

—Gina, casémonos ahora mismo, mañana. Sin pérdida de tiempo.

—...Sería maravilloso —comentó soñadora ella—. Regresar a Roma casados y no tener que separarnos nunca al llegar la noche.

—Gina, no lo pensemos más. Casémonos.

—Sí, Milko, es lo mejor. He esperado demasiado mi oportunidad. No quiero que mi felicidad se diluya en la espera. Te necesito junto a mí, Milko; tú eres lo más maravilloso de mi vida y no quiero perderte. Mañana iremos a ver al sacerdote de la ermita y le pediremos que nos case en seguida. Ahora ya es un apremio el verme unida a ti para toda la vida.

Milko acarició los ojos de Gina y quedaron en silencio, contemplando el crepitar del fuego que iluminaba sus rostros con reflejos rojos a un ritmo indeciso y vago. Otras parejas bailaban cerca de ellos sin que lo advirtiesen, ensimismados en sus bellos sueños.

Días después, ya formalizados todos los requisitos, amaneció la mañana blanca de su unión. Gina, al despertarse, se sentía perdida y apenas sabía dónde estaba. Se vistió como cualquier otra mañana: pantalones de esquiadora, jersey rojo de cuello alto, anorac, botas y guantes. Cuando apareció en la iglesia y vio las luces amarillas de las velas no entendía bien lo que sucedía. Se situó ante el altar, en el lugar correspondiente junto a Milko; los ojos de Gina se cerraban a la realidad, no veía a Milko, ni al sacerdote, sólo un «plató» desmesurado y el director más grande del mundo

frente a ella. Cuando salieron, ya unidos por el sacramento, junto a la ermita se había formado un arco de honor con esquifes apuntados y bajo él pasaron Gina y Milko para desaparecer en la nieve, detrás de una colina.

De regreso a Roma alquilaron una casita cerca de la Plaza de Bolonia. Transcurrió un año y Gina filmó seis películas, entre ellas «Vida de perros». Milko perdía las esperanzas y habló con su esposa.

—Gina, esto no puede continuar. Estas películas no te darán nunca la gloria. Vas perdiendo en ellas tus ilusiones, estás jugando con tu juventud, tu vocación y tu buena fe.

—Querido, tienes que ser más paciente. No podemos hacer otra cosa que esperar.

—Si podemos, Gina. Abandonar todo este mundo de engaños y falsas promesas que te explota inicualemente —dijo Milko nervioso, con ímpetu.

—Y ¿qué haríamos, Milko? —pregunta, ingenua, ella.

—Emigrar a América, Gina. Allí yo puedo ejercer mi profesión de médico y mi cariño te ayudará a olvidar todo esto.

—Esperemos todavía, Milko. Un poquito más...

Fué aquel mismo año, 1950. Gina había filmado la película «Miss Italia», en la que se exhibía en bikini. Howard Hughes había visto las fotos de la película y envió a Gina los billetes para emprender el viaje a América.

Gina vivió en Los Angeles en una jaula de oro. Su carácter latino sufrió por ello y a las tres semanas sentía tedio por todo aquel esplendor y fastuosidad ostracista en que la había envuelto Hughes. Su única ilusión eran las conferencias que mante-

nía diariamente con su esposo; no ha sido sometida a pruebas cinematográficas ni ha visto a otra persona que a Hughes. Este, finalmente, le propone que se divorcie de Milko y se case con él. Gina responde tomando el avión para Roma y desde su casa sencilla de la Plaza de Bolonia revoca el contrato de Hughes sin titubeos.

* * *

Siguen unos meses trágicos, sin trabajo, y después tres películas sin valor. Más tarde, el productor Peppino Amato, que consideraba en Gina posibilidades de actriz, la llama para la producción italo-francesa «Fanfan la Tulipe», dirigida por Christian Jaque. Gina trabaja junto a Gerard Philippe, y su encarnación de Adela fué uno de sus mayores éxitos. Francia aclamó a Lollo por su interpretación y Gina fué ya una estrella no sólo popular, sino también la favorita del público francés. René Clair le dió otro papel en «Mujeres soñadas». La interpretación de Gina en «Mujeres soñadas» le valió el premio «Victoria», que recibió del presidente Auriol. En Italia, Blasetti filma con ella «Otros tiempos», que la hizo popular en su patria; en España fué admirada en el film «La ciudad se defiende» y en América alcanzó la fama por la película «El maestro de Don Juan», con Errol Flynn. Se había ganado la batalla.

Milko consideró que era el momento de mantenerse fuertes y no claudicar.

—Gina —le dijo—, ahora tienes que ser valiente y pedir tú, exigir. No debes interpretar «La dama sin camelias». Has demostrado ser actriz y

tu puesto está ahí. Has alcanzado la popularidad y ya tienes tu público.

—Milko, será mejor que hables tú con ellos; quieren demandarme por doscientos millones de liras si me niego a filmar esa película. Tienes razón, ha sido demasiado penoso el conquistar lo que tengo y quiero ser valorada como actriz. Me mantendré, ya sabes que soy muy terca.

Gina miró a su marido y se acercó a él mimosa.

—Tú estás a mi lado para ayudarme a ser fuerte, querido. Confío en ti más que en mí misma. Eres mi ángel guardián —terminó, acariciando la cabeza morena de Milko.

Gina no filmó «La dama sin camelias», a pesar de las amenazas, y tuvo que ser sustituida por Lucía Bosé. Había ganado un triunfo, pero esto no significaba la paz. Vittorio de Sica había manifestado a la prensa inglesa: «Las bellezas italianas son todo curvas. Lollobrigida, Mangano, Pampanini; sus capacidades artísticas no pueden competir con sus medios físicos...». Gina, indignada, envió una carta abierta a los periódicos de Londres: «El señor de Sica, desde lo alto de su cátedra, sentenció que a las curvas y a las piernas de la Mangano, de la Pampanini y de la abajo firmante, no corresponden debidamente sus dotes artísticas, lo que, admitiendo que sea verdad, contrarresta con nuestras interpretaciones de los compromisos en curso y las peticiones que a las tres nos llegan de todo el mundo por parte de directores de fama mundial». Vittorio de Sica desmintió en seguida haber hecho aquellas declaraciones. Meses más tarde, Gina y De Sica interpretaban juntos «Pan, Amor y Fanta-

sía»; De Sica afirmó durante el rodaje: «Gina es valiente».

Con «Pan, Amor y Fantasía», llegó la paz para De Sica y Lolló, y la fama para ella. A partir de este momento, Gina manifestó a los Estudios su protesta de que no quería ser utilizada para exhibiciones con escasez de ropa.

—Tienen que tener en cuenta mis condiciones de actriz —sentenció rotunda.

Hubo discusiones por ambas partes y finalmente se llegó a un acuerdo: que la «brava» belleza italiana percibiese por sus exhibiciones el doble de lo estipulado hasta entonces.

Interpretó después «La Provinciana», de Solдати, que le valió la «Grolla d'oro» a la mejor interpretación femenina de 1953. Con Zampa filmó «La Romana». Fué una película en la que Gina puso todo lo mejor de sus dotes de actriz; cifró en esta interpretación todas las esperanzas para conseguir de nuevo la «Grolla d'oro». Acudió a los festivales de Venecia con la ilusión de una niña que espera un premio, y no lo obtuvo. Gina quedó decepcionada y triste.

—Vamos, querida. Todos reconocen el valor de tu trabajo; no seas ambiciosa.

—Milko, ¡lo esperaba con tanta ilusión...! —decía Gina llorando.

—Pequeña, ahora debes descansar.

Junto a la pareja estaba Apold, ministro argentino y gran admirador de la estrella italiana.

—Quisiera testimoniarle mi admiración por su arte en «La Romana», y desearía que aceptase la invitación de ser nuestra huésped en la Argentina en nombre de mi Gobierno.

Gina sonreía otra vez y Milko habló mientras enjugaba las lágrimas de su mujer:

—Excelencia, mi mujer acepta su gentil invitación y en el próximo noviembre emprenderá viaje a Buenos Aires, después de la Semana de Cine Italiano de Londres.

En Londres fué presentada a la reina Isabel. Fué de las pocas actrices italianas a quien recibió la reina, y si se recapacita el carácter riguroso y tradicionalista del protocolo inglés, puede medirse todo el valor de este gesto.

* * *

Gina es, a partir de ese momento, no sólo la gran actriz, sino una mujer inteligente y distinguida que podía ir por el mundo entero como la mejor y más deliciosa embajadora de Italia. Allí donde se dirige es acogida con el mayor afecto y gentileza por sus gobernantes, y las grandes muchedumbres gritan por donde pasa, portadora de su simpatía, belleza y sencillez: «¡Gina, Gina!» Ni los agentes del orden público, ni el tránsito de vehículos puede detener las avalanchas electrizadas que la aclaman. Gina llegó a la Bienal de Venecia e instantáneamente Venecia despierta de su quietud. Todos los periódicos de la mañana siguiente manifiestan que un milagro, un golpecito con la varita mágica de la simpatía de Gina, ha infundido sobre la ciudad flotante un nuevo hábito extraordinario. En Buenos Aires, el presidente Perón la recibió en su residencia de verano, y es aclamada por millares de personas: obreros, burgueses, colegiales, universitarios, miles de personas

seguían su coche y, al llegar al hotel, centenares estaban bajo sus ventanas gritando su nombre.

La estrella recibe así la consagración popular de su arte, de forma total e incondicional. Y luego, la vuelta a Roma, a su hogar de la Vía Tanaro, tranquilo, cómodo y alegre, en el que ella pone todo su cariño mientras lo ha montado poco a poco. Encuentra su casa llena totalmente de flores que han enviado sus admiradores italianos; algunos ramos son pequeños y humildes, y Gina los acaricia emocionada porque adivina que vienen de pobres gentes que la quieren.

Un descanso y luego de nuevo emprende viaje, hacia Estados Unidos. Eisenhower la recibió en la Casa Blanca. Cuando saludó al presidente le dijo:

—Mis mejores felicitaciones en su sesenta y cuatro cumpleaños. Creo ser fiel intérprete de los sentimientos de mi pueblo y de la industria cinematográfica de mi país.

Eisenhower la acogió con sencillez y amabilidad:

—Acepto complacido a esta gentil embajadora italiana y quiero expresar mi contento por saber a Italia próspera.

Gina estaba emocionada. Al salir de la Casa Blanca, dijo a Milko:

—Ha sido para mí un gran honor. Todas las actrices hubieran deseado encontrarse hoy en mi lugar.

—Querida, es la primera vez que el presidente Eisenhower recibe oficialmente a una actriz extranjera. — Milko añadió con un guiño malicioso: —Ahora te espera otra visita oficial: Marilyn Monroe.

—No he oído otro nombre desde que he aterrizado en Estados Unidos. Soy «la Marilyn Monroe morena», decía esta mañana la prensa. Yo manifesté ayer a los periodistas que era absurdo plantear una semejanza cuando tenemos tan poco en común Marilyn y yo. ¿Dónde será, Milko? Quisiera que fuese sencillo y pronto. Me predisponen hacia ella como si tratara de destronarla.

—Será en un saloncito privado de un cine de Lexington Avenue. Hará la presentación el director Willy Wilder.

Sucedió como dijera Milko.

—¿Cómo está usted?—fueron las palabras de Gina.

Marilyn suspiró y siguió un silencio violento en el que sólo se escuchaba el ir y venir nervioso de los fotógrafos. Después habló Marilyn.

—¿Sabe usted que me llaman la Lollobrigida de América?

Fué una presentación violenta, sólo estuvieron diez minutos juntas. Gina había procurado estar sencilla y tranquila, con un aire europeo de espontaneidad; sin pensar en los «flash», ni en la publicidad; Marilyn estuvo más afectada, como si recordase la frase que Humphrey Bogart lanzase a los cuatro vientos: «Marilyn Monroe, al lado de Gina, tiene la gracia inocente de Shirley Temple.» Gina había invitado a Marilyn.

—Vería con agrado que aceptase mi invitación, en el Paris Theatre, para asistir al estreno de «Pan, Amor y Fantasía».

Al día siguiente, momentos antes de salir para el Paris Theatre, Gina escuchó a través de los hilos telefónicos la voz de Marilyn: «Siento mucho

no poder asistir esta noche; estoy disgustadísima, pero he de regresar a Hollywood.»

Gina se despidió de Nueva York. Es una dulce despedida; al subir al avión sopló pétalos de rosas que fueron recogidos y guardados celosamente por sus admiradores.

De regreso a Italia, a Gina le esperaba otra sorpresa: el alcalde de aquel pueblecito tranquilo y alegre de Subiaco.

—Quisiera que aceptase el homenaje que deseamos dedicarle—dijo con timidez.

Gina se sintió conmovida y sus ojos se humedecieron sin que tratase de evitarlo. Miró a Milko y luego prometió su asistencia.

En Subiaco fué el delirio, y para Gina una evocación sentimental de toda su infancia. Encontró de nuevo a su viejo profesor de canto; no había vuelto a verle desde que saliera de Subiaco. Allí estaba Ferruccio hecho un hombre.

—Gina, has hecho grande y popular a nuestro pueblecito. Ya no eres aquella traviesa chiquilla que bailaba en Blanca Nieves y los Enanitos...

—¿Sigue con las clases, profesor?—pregunta Gina, emocionada.

—Sí, Gina. Es mi vocación, como la tuya es el cine. ¿Ves estos chiquillos que te contemplan? Son mis alumnos. Ellos siempre son niños; yo voy haciéndome viejo.

—Es usted feliz enseñando...—dice ella.

—No siempre, pequeña. Mira, esos chiquillos que ves ahí, son dos estudiantes inteligentísimos, pero muy pobres, y yo sufro al ver que no pueden seguir adelante por falta de medios.

—Yo desearía que en Subiaco fuesen felices

todos sus habitantes. Y quiero que usted sea el primero. A estos dos pequeños voy a hacerles el regalo de una beca de estudios—dice Gina, sonriente.

—Pero, Gina, ya has hecho mucho por el pueblo y has ayudado a los necesitados...

—Estoy firmemente decidida a ello y es mejor que se haga como deseo.

—En la República Italiana, sólo Subiaco merece poseer una reina—sentencia aquel mocetón llamado Ferruccio.

—He sido recibida por los presidentes de las Repúblicas, por las reinas, pero nunca me he sentido tan feliz como ahora, al encontrarme aquí, en Subiaco, en mis montañas de la Ciociaria, entre vosotros, gente de mi casa...

Habla de nuevo el alcalde anunciando a Gina los deseos del pueblo, que piensa erigirle un monumento en Subiaco, para que nadie pueda olvidar jamás que Gina nació allí y pasó por sus calles cantando alegremente «La casta Diva».

* * *

Gina está otra vez en los Estudios. Tiene que filmar una segunda parte de «Pan, Amor y Fantasía». Esta se titula «Pan, Amor y Celos», con los mismos intérpretes. Con Burth Lancaster filma «Trapeacios»; en París, «Kiki de Montparnasse», a las órdenes de Jean Renoir, en la que interpreta el papel de modelo de pintores, desde Matisse a Braque.

—Has sido elegida—dijo Milko—no solamente por tu belleza exterior, sino porque consideran tu

personalidad auténtica y viva, y esto es lo que buscan los pintores a través de sus modelos.

Gina continúa por el camino del éxito y de la fama, tranquila y alegre, sencilla, auténtica, sin mixtificaciones, y junto a ella está siempre Milko para infundirle ánimos cuando puede llegar el desaliento, cuando parece que el trabajo vaya a ser superior a sus fuerzas, cuando se siente estrechada y enlazada por miles de personas, cuando cree que a su alrededor todo gira y va a perder el equilibrio. Entonces, siente sobre su frente la mano cálida de Milko y se sabe fuerte de nuevo. Y se siente feliz, también, en su casa de la Vía Tanaro, refugio de paz y de amor.

Están los dos juntos, Gina y Milko, abrazados en silencio, en la intimidad de una salita y llegan hasta ellos las voces alegres de los estudiantes de España que, al son de guitarras, violines y pandeteras, van a rondarla bajo sus ventanas. Vienen a ofrecer su homenaje a la linda versallera de «Pan, Amor y Fantasía»:

«Abre el balcón, y el corazón,
siempre que pase la ronda...
Para que estés cerca de mí,
te bajaré las estrellas...»

Así es GINA LOLLOBRIGIDA



Es preciso conservar la serenidad ante una mujer, por muy hermosa que ésta sea. El que no lo consigue se expone a hacer papeles lamentablemente ridículos. Veamos un ejemplo:

Gina Lollobrigida se sentó ante la mesa de un restaurante, en Buenos Aires, y echó un vistazo a la carta. Luego, alzando la mirada hacia el joven camarero que la contemplaba embalsado en espera de sus órdenes, le preguntó:

¿Cómo está el pollo?

El muchacho, que llevaba poco tiempo en el oficio y además era tímido con las mujeres, respondió azorado:

— Estoy...
estoy muy bien.
¿Y usted?



MARILYN MONROE.—Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Esta fue la primera vez que la gente se ocupó de Marilyn Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalonan hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.

MONTGOMERY CLIFT.—Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía, como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.



GARY COOPER.—Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.

¡DE PROXIMA APARICION!



GRACE KELLY

¿Qué encanto misterioso posee esta mujer? Los galanes más veteranos y famosos que han trabajado con ella, terminan captados por su profundo liechizo, y algunos enamorándose de ella. Bing Crosby, Clark Gable, Gary Cooper, Ray Milland, James Stewart... Sus triunfos en el cine, han culminado con el «Oscar» concedido este año. Un relato interesante como la propia vida que narra.

GREGORY PECK

El alto y desgarbado muchacho que se abre paso en el arte, terminando por ser uno de los hombres más admirados por las mujeres de todo el mundo. Después de 15 años de matrimonio, Gregory Peck siente de pronto una pasión extraña por una periodista francesa, veinte años más joven que él.



FRANK SINATRA

Pequeño, flacucho y feo, pero con una voz cálida y expresiva como pocas. Frank Sinatra consigue el amor de mujeres extraordinarias como Ava Gardner. Su vida se ve atormentada por su carácter difícil y complicado. Las pasiones le arrastran con una fuerza que él se ve incapaz de resistir.



SILVANA MANGANO

El caso más sorprendente en la historia del cine. Silvana Mangano famosa, admirada, solicitada por todos, trabaja ante la cámara contra su voluntad. Es necesaria toda la autoridad de su esposo para hacerla intervenir en cada película que hace. Ella quiere vivir feliz en su fastuosa casa con su marido y sus hijos, libre del ajetreo de los Estudios.

